

el corazón humano, juntamente con la fe, algo que lo levanta sin cesar hacia arriba, una fuerza que lo empuja insensiblemente a la perfección.

En virtud de esta fuerza de vida y de perfección, todos los cristianos tienden a ser religiosos. Y los que, por no quererlo Dios y hallar obstáculos racionales, no pueden serlo, emulan, si son buenos, la perfección religiosa, aspiran a imitar a los religiosos y, si no logran su estado, por lo menos, procuran de alguna manera practicar actos superiores a los de los demás seculares y parecidos a los de los religiosos; formando así como un estado medio en la Iglesia, más perfecto que el de los que observan sólo los mandamientos, aunque sin llegar a la perfección de la vida religiosa.

«Si deseas salvarte, guarda los mandamientos!... Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres, tendrás un tesoro en el Cielo; ven y sígueme.» (Mateo 19, 13—21).

Jesucristo señala bien dos caminos: el común, que representa el *mínimum* para alcanzar la vida eterna; y el más difícil y sublime que tiene por fin la perfección.

Esta finalidad de la perfección es principalmente la practicada por los religiosos, pero Dios puede suscitar en el mundo, santos entre los hijos de la Iglesia, dentro y fuera de los muros del claustro; a cada uno, aun permaneciendo en el mundo, es otorgada la posibilidad de renunciarse a sí mismo para revivir en Cristo, mediante las fuentes de gracia que manan del Corazón de Jesús, que son los Sacramentos de la Iglesia.

Hay muchos seculares que no son, ni pueden ser o no se atreven a ser religiosos.

Obligados a vivir en el mundo secular, debido a la familia, a su ineptitud por falta de salud, o de otras cualidades humanas, quieren, sin embargo, al modo que puedan, ser religiosos.

A su vez los religiosos, viendo que no es posible que todos sigan los pasos que ellos han dado, procuran dar la